



PREMIO NACIONAL  
DE PERIODISMO  
**SIMÓN  
BOLÍVAR**

**Discurso del invitado especial, edición 47, 2022**

**Daniel Innerarity**

Señor Miguel Cortés Kotal, presidente del Grupo Bolívar.

Señor Gustavo Petro Urrego, Presidente de la República de Colombia.

Señor Fernando Cortés McAllister, Director Ejecutivo de la Fundación Bolívar Davivienda.

Señora Silvia Martínez de Narváez, directora del Premio.

Señores y Señoras miembros del jurado:

Héctor Abad, presidente del jurado;

Luz Amalia Camacho;

Patricia Gómez;

Ignacio Mantilla;

Carmen Millán;

León Darío Peláez y

Fernando Ramírez.

Señores y señoras ganadores y ganadoras del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Me disponía a tomar el avión para Bogotá, cuando todo había sido extraordinariamente organizado por ustedes, pero un grave percance familiar me impide ausentarme de casa, así que he tenido que grabarlo. Disculpen y espero tener pronto la ocasión de estar con ustedes en ese País al que tanto estimo.

**Entender y gobernar la sociedad de las crisis**

Muchas gracias por haberme concedido el honor de pronunciar este discurso en un acto cuyos verdaderos protagonistas son las personas premiadas, a las que felicito con estas consideraciones. Los filósofos estamos acostumbrados a que se nos pregunte si servimos para algo, qué hacemos en un lugar como este, y yo mismo me he preguntado

qué sentido tenía que un filósofo pronunciara este discurso en un premio para periodistas. La primera razón que me ha venido a la cabeza es la generosidad de los organizadores y la segunda es que tal vez nuestros oficios no sean tan diferentes. En mi caso, llevo cuatro décadas escribiendo artículos de opinión en los periódicos, la mayor parte de ellos en El País, pero sobre todo pienso que, de distintos modos y tiempos, hacemos algo muy parecido: tratar de convertir el caos del mundo en algo inteligible. Este va a ser mi intento en esta tarde, desarrollando una hipótesis acerca del desorden que percibimos en la realidad. No hace falta que insista mucho en el inventario de las cosas que nos preocupan, esas crisis que se agolpan y han puesto en pie de guerra contra nosotros (nunca mejor dicho) a virus, temperaturas y drones. En medio del ruido y la inquietud en que vivimos, ¿es posible al menos entender y gobernar de algún modo esta sociedad de las crisis?

### **¿Qué crisis?**

Comienzo con una afirmación provocadora. ¿Y si no estuviéramos en una crisis sino en algo peor? Una crisis es un momento agudo y excepcional, en el que se decide la supervivencia de un organismo o de una institución y tras el cual viene la extinción de quien la padece, se recupera la anterior normalidad o se realizan las transformaciones necesarias para garantizar la propia supervivencia. Algunas de las actuales catástrofes pueden entenderse así, como una crisis más, que tarde o temprano se resuelven con vacunas, ayudas económicas y reparaciones. Pero hay otra parte que no. Existen dimensiones de las crisis que no son transitorias o excepcionales y en relación con las cuales no tiene sentido hablar de "vuelta a la normalidad".

El sociólogo Bruno Latour expresaba sus buenos deseos afirmando que ojalá estuviéramos únicamente ante una crisis. Quien habla hoy de crisis parece querer tranquilizar mencionando un hecho grave pero pasajero. La metáfora de la crisis alude a un fallo ocasional, dando a entender que fuera de ese aspecto o momento discurre una sociedad estable y equilibrada. Pero la realidad es muy distinta: los diagnósticos que se hacen están llenos interrogantes y aspectos controvertidos, no hay unanimidad en cuanto a las soluciones y no podemos dar por supuesto que disponemos de los instrumentos adecuados para hacerles frente. No deberíamos engañarnos pensando que solo nos falta decisión y voluntad política. Incluso aunque sepamos a dónde hay que ir, no está del todo claro cómo se hace la transición, si disponemos de los instrumentos adecuados, quién acarrea con los costes, qué intereses y valores deben tener más peso en el balance. Las soluciones se refieren a cambios en nuestro modo de vivir, pero cuál sea la fórmula para hacerlo no es evidente y está fuera de la lógica habitual de nuestras instituciones, que fueron diseñadas para hacer otro tipo de cosas mucho más simples.

No estamos en medio de una crisis (ni siquiera de varias, como suele asegurarse, por ejemplo, con el término "sindemia"); no vivimos en una sociedad en la que hay

contagios sino en una sociedad contagiosa; estamos en un mundo epidémico y no tanto en un mundo en el que irrumpen de vez en cuando las epidemias, de inestabilidad financiera sistémica más que de crisis económicas ocasionales. Creo no exagerar si afirmo que no estamos preparados para vivir y gobernar un mundo en el que no hay crisis sino que es crítico, cuyas sociedades y gobiernos viven en medio de una inestabilidad mayor de la que son capaces de gestionar. Que la sociedad se encuentre en un estado de crisis permanente no quiere decir que haya muchas crisis sino que no hay un mundo exterior desde el que nos llegaran esas crisis y que es muy improbable que seamos capaces de algo que pudiera calificarse propiamente como su solución. Donde mejor se comprueba esto es en el hecho de que no sabemos cómo ni cuándo se terminan las crisis. Los seres humanos discutimos mucho acerca de la naturaleza de las crisis en las que nos encontramos, pero nos resulta más difícil ponernos de acuerdo acerca de la normalidad a la que deberíamos aspirar, si esta consiste en lo que está después de la sacudida, si es una recuperación del momento anterior a la crisis o comporta un cambio transformador. Si al menos pudiéramos encontrar algo parecido a un culpable exterior a nuestra sociedad, pero no, el problema es que la sociedad tiene un problema con ella misma. No se trata de meteoritos que caen desde el espacio sino de crisis que producimos con unas prácticas y con unas instituciones con las que tendríamos que solucionarlas. Esa coincidencia entre quien origina tales crisis y quien debería de resolverlas es el verdadero problema a la hora de abordarlas.

Ayudan muy poco a hacerse cargo de la situación aquellas interpretaciones tranquilizantes que entienden las crisis como situaciones provisionales, excepcionales, momentos de cambio o puntos de inflexión, de manera que la inestabilidad financiera, el cambio climático, las pandemias o las crisis políticas fueran cosas que suceden y acaban, sin plantearse que se trata más bien de fenómenos que revelan diversos problemas estructurales en nuestras prácticas sociales. De ahí que tampoco sea muy eficaz ni honesto situarse en esa exterioridad de quien ejerce la crítica social como si no tuviera uno nada que ver con el asunto y como si la dificultad de todo ello se debiera a falta de conocimiento o de voluntad política. Uno puede presentarse como intelectual indignado, militante ecologista e incluso como la reina de Inglaterra que se dice preocupada porque “se habla mucho y no se hace nada”; todo ello son gestos y discursos que pueden hacernos perder de vista que se trata de un fenómeno de gran complejidad y hasta cierto punto ingobernable. Es muy necesaria la crítica, pero esta es más eficaz cuando se realiza teniendo en cuenta las razones por las que personas y sociedades se resisten a cambiar, qué debilidad institucional se pone de manifiesto en unas apelaciones que no terminan de modificar los hábitos que nos llevan a tales situaciones de crisis, por qué los humanos apenas cambiamos cuando sabemos lo que deberíamos hacer, pero nada más, incluso aunque ese conocimiento ofrezca datos irrefutables de que vamos hacia la catástrofe. La crítica social que se despliega con ocasión de cada crisis ha reflexionado muy poco acerca de unos seres que pueden saber lo que hay que hacer y no hacerlo.

Si es difícil comprender e identificar los riesgos que generamos, todavía lo es mucho más gestionarlos. Tenemos que atender a tal cantidad de factores que nuestra capacidad de comprensión y gestión se ve sobrepasada. Interdependencia equivale a dependencia mutua, a intemperie compartida, a protecciones insuficientes, a que no se puede hacer una cosa primero y luego otra, sino que todo debe ser acometido a la vez, de manera que hemos dejado de gozar de la comodidad de la división del trabajo o del principio de primacía de lo propio. La agenda de una sociedad del riesgo es una agenda de locos.

## **Cambiar la sociedad**

Salir de la pandemia requiere transformar las condiciones que la originaron y que hicieron tan devastador su daño. Ahora bien, la evidencia de que es necesario cambiar no siempre implica la posibilidad de hacerlo. La crisis sanitaria y la climática son un buen ejemplo de ello. La pandemia está vinculada a ciertas formas de interacción social y la dificultad de afrontarla se debe en buena medida a nuestra resistencia a cambiarlas, del mismo modo que la crisis climática es consecuencia de hábitos de producción y consumo que de hecho no estamos dispuestos a modificar en la medida en que sería necesario.

Que las sociedades tienen que cambiar es una exhortación frecuente pero que no suprime la controversia acerca de en qué dirección y de qué modo. Seguramente no nos faltan los diagnósticos correctos, ni la voluntad política o el interés de resolver esos problemas, pero el hecho es que nunca estuvimos tan de acuerdo como cuando se decretaron los confinamientos para contener la pandemia y la verdadera vuelta a la normalidad ha sido recuperar el desacuerdo en el que habitualmente vivimos. La sociedad es hoy, al mismo tiempo, lo que debe cambiarse y el lugar en el que se generan las mayores resistencias al cambio.

En el caso concreto de la crisis del coronavirus, la cuestión acerca de los cambios necesarios requiere de entrada examinar si las medidas que se adoptaron en los momentos álgidos de la crisis realizaron ya las modificaciones sociales de fondo que necesitábamos. Mi respuesta es que la excepcionalidad del confinamiento, útil a los efectos de frenar el contagio, no alteró suficientemente las condiciones sociales de la crisis sino que produjo una ilusión de control. La intensa intervención sobre la sociedad durante el confinamiento extremo ha frenado la extensión del virus (con sus efectos secundarios) y poco más. Como mecanismo de transformación de la sociedad la concentración de poder es absolutamente ineficaz. La sociedad vuelve a sus rutinas con pocos aprendizajes significativos. El virus lo agita todo pero no cambia casi nada; interrumpe muchas cosas pero modifica muy pocas. La sociedad interpreta la crisis como una anomalía tras la cual hay que restablecer la anterior normalidad. Después del confinamiento hay quien mantuvo un cierto tiempo la ilusión de que era fácil mantener a raya a la población, que se impusieran las evidencias y los aprendizajes correspondientes, que los estados decretaran los cambios oportunos y estos se

produjeran con toda la radicalidad necesaria. Habíamos vivido una experiencia singular de control y docilidad que nos pudo llevar a sacar conclusiones equivocadas. El rápido retorno a los viejos usos y costumbres revela hasta qué punto grandes problemas como el cambio climático o el consumo irresponsable apenas pueden resolverse mediante una intervención directa y centralizada en las rutinas sociales.

El uso de categorías bélicas para entender aquella extraña situación, por inadecuado que sea, responde a que la guerra ha sido el único fenómeno capaz de integrar de un modo similar las fuerzas centrípetas de lo sanitario, lo económico, lo jurídico y lo político. Por eso las guerras han sido un poderoso elemento de integración y construcción de los estados nacionales. Solo en la guerra y en el confinamiento es posible (temporalmente) un control de la sociedad y un alineamiento de sus diferentes lógicas. El confinamiento integró momentáneamente a la sociedad, pero después se volvió enseguida a la lógica de la diferenciación. Unos reclamaban la reapertura de las escuelas, otros la de los comercios o la cultura, otros consideraban que por fin volvían los derechos, y todo ello vivido con una euforia que nos predispuso para la ola de contagios posterior. La crisis del coronavirus pone de manifiesto que cada actor ha sacado consecuencias distintas y de acuerdo con lógicas diferentes e incluso incompatibles.

Las formas de vida no suelen ser la consecuencia de decisiones racionales sino el resultado de prácticas asentadas. Nuestras acciones (también aquellas que, por ejemplo, favorecen los contagios o dañan el medio ambiente) son reacias al cambio porque se han convertido en hábitos y no han encontrado incentivos suficientes para su modificación. Para conseguir cambios sociales hay que proporcionar los medios adecuados. Que las personas individuales dejen de coger el coche solo es posible si hay medios públicos de transporte que faciliten los desplazamientos deseados; el tipo de conducta que hemos de mantener para frenar los contagios ha de contar con la información adecuada; transitar hacia una mayor digitalización exigirá una mejor capacitación y ayudas concretas para que nadie se quede atrás. Es cierto que las grandes transformaciones demandan sacrificios, pero la sociedad no los hará si no confía en que habrá una ganancia, personal y colectiva, y que los costes se repartirán equitativamente.

Cuando hablamos de las cosas que nos ha enseñado la pandemia solemos aludir a algo que debe hacerse, pero tal vez es más interesante haber constatado hasta qué punto es difícil cambiar la sociedad y cuál debería ser nuestra actitud ante esa dificultad. Puestos a cambiar la sociedad, deberíamos comenzar entendiendo qué limitada es nuestra capacidad de transformarla, qué insuficiente es saber lo que hay que hacer.

### **Hay que solucionarlo todo**

Entramos demasiado pronto en las crisis y salimos demasiado tarde de ellas, nos sorprende su llegada y nos irrita la tardanza en superarlas. La pregunta acerca de cómo gestionan sus crisis las sociedades actuales debe contestarse indicando qué clase de

crisis son estas que no somos capaces de resolver. ¿Dónde reside la dificultad? A que tenemos unas instituciones y unos procedimientos que no están en consonancia con el tipo de problemas a los que nos enfrentamos. Nuestra percepción de la realidad y las estrategias están pensadas para solucionar problemas aislados y bien definidos, pero se ven superadas cuando un problema está entrelazado con otros y requiere la colaboración de diversos actores, lógicas e instituciones. El verdadero problema consiste en que es la propia sociedad la que está en crisis porque la gestión de estas crisis se tiene que llevar a cabo en un mundo que es interdependiente, descentralizado, de inteligencia distribuida, radicalmente plural, mientras que sus instituciones todavía no lo son.

Las sociedades contemporáneas no consiguen articular sus diversas lógicas (de lo que ha sido un buen ejemplo la tensión, en medio de la pandemia, entre sanidad, ciencia, economía o educación). El problema es que sabemos hacer más o menos bien cada una de esas cosas, pero no acertamos, por ejemplo, a coordinar las evidencias científicas con las medidas políticas y contando con las instituciones que se ocupan de la legalidad. Se plantean problemas de incompatibilidad entre eficacia, libertad, igualdad y legalidad, mientras que la pluralidad de actores que intervienen en la gestión de la crisis aparece más como un problema que como una solución.

Una sociedad diferenciada posee una gran capacidad para resolver problemas concretos que atañen a un ámbito específico —la ciencia produjo con gran rapidez vacunas eficaces, las organizaciones se digitalizaron en muy poco tiempo— pero se encuentra con unas mayores dificultades cuando el problema tiene una naturaleza que trasciende esa competencia sectorial y atañe al conjunto de la sociedad, especialmente los efectos laterales que transformaban dichas soluciones en problemas para otros ámbitos: un confinamiento decretado desde el sistema político que daña el funcionamiento de la economía, una ciencia cuyo rápido éxito produce desconfianza en algunos sectores de la sociedad, una digitalización que amenaza otras formas de comercio, una salud epidemiológica que agrava la salud mental, una familia que no está diseñada para que sus miembros vivan mucho tiempo sin otras momentos de diferente relación social... Los criterios de éxito en cada uno de estos ámbitos no coinciden y nuestras crisis son un buen ejemplo de esta disparidad: un éxito económico puede ser un desastre medioambiental, un confinamiento reduce el contagio del virus al tiempo que implica un desastre en términos de desigualdad, se vacuna un determinado país pero se fracasa a la hora de globalizar la vacunación...

Tenemos unas instituciones que resuelven relativamente bien problemas aislados —de acuerdo con el esquema de la diferenciación—, que fracasan sistemáticamente cuando se trata de un problema que implica a varios ámbitos y lógicas sociales y que naufragan estrepitosamente cuando ese problema afecta a la totalidad de la sociedad, es decir, cuando no se trata propiamente de gestionar un problema sino una crisis. En estos momentos las sociedades se encuentran sobrecargadas por la magnitud de la tarea y

con unas instituciones diseñadas precisamente para resolver problemas a través de su parcelación (sea la división del trabajo, la lógica administrativa, la separación de poderes o la yuxtaposición de estados soberanos). La enorme capacidad de prestaciones que proporciona la moderna diferenciación funcional se debe a la especialización, a la segmentación y a la renuncia a monopolizar la totalidad social, pero esto mismo representa un problema cuando haría falta tener en cuenta escenarios de interdependencia, visión de conjunto y coordinación.

¿Cómo podríamos resolver ese problema? La dificultad del asunto podría formularse diciendo que si se quiere solucionar algo, no hay más remedio que solucionarlo todo. El ejemplo que mejor ilustra esta idea es la necesidad de vacunar a todo el mundo para que la inmunidad sea efectiva. ¿Cómo puede hacerse esto? Es evidente que nadie está en condiciones de solucionarlo todo pero sí que podemos preguntarnos si la solución para nuestro problema singular no está implicando un problema para otros. Deberíamos estar en condiciones de preguntarnos por el efecto general que pueda tener nuestra solución sectorial, tener en cuenta el todo mientras gestionamos una parcela o competencia concreta.

Se trataría de alinear esos ámbitos que tienden a tener una cortedad de vista y a tomar en cuenta únicamente su propia concepción de la realidad (economía que no interioriza sus externalidades medioambientales, política que únicamente responde ante sus electores, sanidad que cura pero invierte poco en no tener que curar) sabiendo que esa convergencia será siempre provisional, discutida y revisable. El gran tema de reflexión de las sociedades contemporáneas es la divergencia de lógicas y sus potenciales efectos negativos, los riesgos derivados de no atender a criterios de compatibilidad. Nuestra mayor innovación política consistiría en crear espacios y dinámicas de encuentro y conexión. El sociólogo Armin Nassehi ha proporcionado un bello imperativo categórico para este nuevo mundo en el que la diferenciación y la soberanía han topado con sus límites: “actúa de manera que el otro se pueda acoplar”. Acoplarse no significa consenso, sumisión o control, pero rompe también con la lógica de la indiferencia y la externalización. Nos estaríamos refiriendo a todas aquellas operaciones que van desde tener en cuenta la perspectiva de los otros hasta las formas más intensas de reciprocidad, acuerdo, coordinación, cooperación e integración.

Si la verdadera crisis de nuestras sociedades es esta y las catástrofes recurrentes son sus recordatorios, entonces tenemos que abordar los problemas de otra manera, más anticipatoria, holística, transnacional, colaborativa y horizontal; las crisis nos están recordando la necesidad de pensar en una nueva manera de hacer política que sea más receptiva para las formas inéditas que tendrá que adoptar en una sociedad que se hace cada vez más imprevisible.